

# Plaza Irlanda

Eduardo Muslip



CLUB CINCO

# Plaza Irlanda

Muslip, Eduardo

Plaza Irlanda / Eduardo Muslip. - 1a ed. - Remedios de Escalada : Clubcinco editores, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-45814-8-8

1. Novela. I. Título.

CDD A863

Editores: Virginia Gallardo, Yair Magrino, Edgardo Scott

Corrector: Federico Goldchluk

Diseño de cubierta e interiores: Tobías Wainhaus

1a reedición en Argentina

© Eduardo Muslip, 2016

© Del prólogo, Graciela Speranza, 2016

© De la presente edición, Clubcinco, 2016

Garay 150, 13 B (1826) Remedios de Escalada,

Lanús, Pcia. de Buenos Aires

email: club5editores@gmail.com

www.club5editores.com

ISBN: 978-987-45814-8-8

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,  
sin permiso escrito de la editorial. Todos los derechos reservados.

## Prólogo

Ya pasaron más de diez años desde la primera vez que leí *Plaza Irlanda* y todavía recuerdo el comienzo, y hasta el lugar preciso en que un colectivo fuera de control subió a la vereda y aplastó a Helena, la protagonista ausente: Donato Álvarez entre Neuquén y Franklin. Pasé muchas veces desde entonces por esa cuadra y el recuerdo vuelve puntualmente, como si la muerte de Helena hubiese sucedido efectivamente allí, mezclada ahora en la memoria con otros recuerdos –digamos, reales–, asociados a otras esquinas y otras calles. Es el efecto certero de los relatos perdurables y sobre todo de un realismo que gana en realidad distanciándose antes de acercarse a lo que cuenta.

La trama de *Plaza Irlanda* es mínima pero abunda en rodeos, ardidés del duelo convertido en angustia contenida, seca, divagatoria. Después de la muerte de Helena, el narrador recorre la casa en que vivieron juntos, recupera recuerdos a tientas, se deshace de las cosas que fueron de ella –su ropa, sus libros, una rana de peluche– y conserva apenas unas fotos y unos recortes en un sobre, pequeños despojos insignificantes para el resto del mundo que deja cualquier historia amorosa. Extrañados por la radiación cegadora de la pérdida, Helena, la casa y las cosas aparecen de pronto en su desnudez primigenia, percibidas por un observador lúcido, minucioso, que sin ningún sentimentalismo romántico, ningún *pathos*, toma nota. El sentido se ha barrido por completo en un tiempo fuera del tiempo (como en “una ciudad súbitamente sepultada por la lava de un volcán”), pero el mundo sigue andando ajeno a su tragedia. Sin el andamiaje de la psicología que anuda causas y efectos, las leyes absurdas del azar quedan al descubierto: mientras el interno 331 de la línea 84 de colectivos aplastaba a Helena contra la pared, el narrador buscaba infructuo-

samente durante horas una diferencia de 21,54 pesos en la conciliación bancaria, que encuentra casi de inmediato dos días más tarde cuando vuelve a su trabajo en el banco. No sabe y ni siquiera puede imaginar –he ahí la leve intriga inconducente que vibra en el fondo del relato– qué hacía Helena en Plaza Irlanda. Pero frente al desorden repentino que trae lo inesperado, se aferra a órdenes precisos que prometen sosiego –un relato mitológico, una enciclopedia, un diccionario–, busca asidero en la localización cierta de las guías y los mapas. “Siempre me gustaron los mapas”, dice, y se intuye que habla también por Muslip, que irá poblado relatos futuros de mapas, como si en la distancia que se abre entre el realismo ilusorio de un mundo cartografiado con “el rigor de la ciencia” y la ambición de una representación igualmente rigurosa pero más sesgada, se cifrara una poética. “¿Cómo era en realidad Helena?”, se pregunta el narrador hacia el final del relato, y la respuesta se dilata en un retrato infinitamente facetado que no alcanza a componer una figura más o menos cierta.

*Plaza Irlanda* y otros relatos que Muslip ha escrito en estos años (conviene extender la serie hacia atrás con *Examen de residencia* y hacia adelante con la luminosa colección de *Phoenix*) perseveran en allanar esa distancia. Con la melancolía del fracaso, revelan la naturaleza no cartografiable de la experiencia y es probable que dejen a los cultores del cuento clásico que gana por *knock out*, descolocados. La constelación es la forma misma del relato que se despliega, deriva, prolifera y adquiere formas nuevas, para alcanzar una mínima fidelidad a lo que cuenta. Contar *una* historia o incluso *dos*, parece decir Muslip, es un puro artificio literario que traicionaría la lógica natural con la que se traman las vidas, encadenadas con otras vidas y otras historias, en series profusas que las narraciones convencionales reducen arbitrariamente a un argumento, o a una matriz doble según la célebre teoría hemingwayana del iceberg. Pero su literatura no se contenta tampoco con mimar el caos opaco de la experiencia. En la composición rítmica, musical, a pri-

mera vista divagatoria pero sutilmente trabajada con motivos, ritornelos y acordes, teje una trama porosa, expansible, con la que tamizar lo oído y lo vivido y darle forma. Por detrás de esa deriva calculada asoman otras constelaciones de voces e historias –Truman Capote, Carson McCullers, Isak Dinesen, Felisberto Hernández, Copi, Puig, Hebe Uhart– pero de los diálogos íntimos con lo leído sólo quedan ecos lejanos que la madurez narrativa de Muslip ha transformado en voz propia.

Alentada por el francés Clément Rosset, ya en la primera lectura de *Plaza Irlanda* me pareció descubrir una variante del realismo que intenta acercarse a lo real en su carácter singular e insignificante, determinado y a la vez fortuito, esto es, en su carácter “idiota”. En el sentido primero de la palabra todas las cosas son “idiotas”, explica Rosset en su penetrante ontología *Lo real. Tratado de la idiotez*, en tanto no existen más que en sí mismas y son incapaces de aparecer de otro modo que allí donde están y como son, o duplicarse en el espejo.

La percepción ebria es una vía de acceso (el borracho que se queda alelado frente a una flor que señala con el índice: “una flor, una flor, le digo que es una flor”), pero también el desasosiego amoroso, la filosofía y la obra de arte, reveladora de las cosas del mundo más que ocasión de evadirse de ellas. Muslip ha afinado ese “realismo idiota” duplicado en un narrador que vibra con la proximidad de las personas y las cosas, y a la vez toma distancia y se abisma, se hace preguntas impensadas, trama conexiones arbitrarias, define, clasifica, compara. También la propia identidad sólo puede captarse al sesgo, como un huésped familiar y al mismo tiempo invisible, o visible desde un ángulo que impide identificarlo de forma certera. Es así, mirando al bies, como Muslip consigue acercarse a la intimidad de las vidas que observa y observarse. Contrariando el frenesí que hoy todo lo acelera, se entrega generoso al mundo que lo rodea, pierde el tiempo tildado en una visión distante que convierte lo anodino en importante y, para suerte de sus

lectores, escribe ficciones.

Graciela Speranza

# Plaza Irlanda



Nunca supe qué hacía ella en Plaza Irlanda. Me avisaron del accidente por teléfono; había ocurrido en Donato Álvarez entre Neuquén y Franklin. A las tres de la tarde Helena estaba caminando por Donato Álvarez, justo frente a la Plaza Irlanda; un colectivo fuera de control subió a la vereda y la aplastó contra una pared.

Ya pasaron dos meses desde el accidente, y todavía conservo el papel en que anoté lo que me informaba por teléfono el policía: Donato Álvarez entre Neuquén y Franklin. El papel tiene también anotada la dirección del lugar al que habían llevado transitoriamente el cuerpo, un hospital que está del otro lado de la plaza.

Sobre la mesa del teléfono sigue estando la guía de la ciudad, en la que una vez que terminé la conversación con el policía tuve que buscar dónde quedaban la Plaza Irlanda, las calles que me indicaron, el hospital. La guía de la ciudad es una de las últimas cosas que voy a guardar. Por tres semanas más el teléfono, el anotador, las biromes y la guía continuarán en su lugar mientras el resto de las cosas irá desapareciendo. La mañana del accidente Helena había salido de este departamento sin saber que no volvería; el living se ve igual que en ese momento. Había dejado todo perfectamente acomodado. Los sillones guardaban la simetría que sólo tenían justo después de poner orden. La gran rana de peluche estaba sobre un sillón y dirigía hacia la puerta sus vidriados y apacibles ojos verdes.

La conversación con el policía se me aparece con frecuencia pero siempre con alguna variación. Mientras hablaba me vino la idea de que cada palabra se me estaba grabando con exactitud y para toda la vida, pero al rato, ante la primera persona a la que relaté la conversación sentí que ya no era del todo fiel. Me pasó algo similar hace unos años, la primera vez que me asaltaron en la calle. Mientras transcurrían los eternos segundos del asalto se me ocurrió que me acordaría de todo continuamente y con inevitable precisión; en efecto, volvería a pensar en el asalto una y otra vez, pero con el tiempo me empecé a olvidar de los

detalles. De la misma manera la conversación con el policía sobre Helena siguió dando vueltas en mi cabeza, mientras iba perdiendo precisión. Sí me acuerdo con claridad de dos palabras: “trescientas toneladas”. Me dijo que por la velocidad con que iba el colectivo a ella le habían caído encima trescientas toneladas.

Después de cortar me quedé un rato sentado. Lo que pensaba y sentía contrastaba con la inmovilidad del living, que se había convertido en el inesperado escenario para un acontecimiento definitivo. Como una ciudad súbitamente sepultada por la lava de un volcán, caía sobre la imagen de ese living algo que la fijaría así en mi memoria, sin duda por mucho tiempo. Después mi primera actividad fue buscar en la guía de la ciudad la calle Donato Álvarez. Hice una cruz en el lugar exacto del accidente, en la página 46, con la birome de tenue tinta amarilla que se me ofrecía desde la mesita del teléfono. Una vez Helena le había comprado a un vendedor ambulante de un tren diez biromes de colores distintos; las de colores normales se habían perdido, y permanecían las de colores pálidos. Cada tanto Helena o yo reponíamos en el teléfono las biromes oscuras que volverían a perderse. Las mejores emigraban, utilizando distintas estrategias y sin que uno pudiera hacer nada para evitarlo, y quedaban las peores, con las que no quedaba más remedio que relacionarse. Normalmente estas observaciones hubieran podido surgir, creo, más de Helena que de mí; esta sensación –que se me ocurran ideas más propias de Helena que mías– reapareció muchas veces después del accidente.

Yo me había propuesto desde hacía rato no marcar en los mapas de la guía de la ciudad los lugares a los que debía ir. Durante varios años cada vez que encontraba algo en ese librito espiralado y ya bastante maltrecho yo hacía una pequeña cruz. Lo mismo hizo Helena durante los tres años que vivimos juntos. Así esos mapas fueron quedando llenos de pequeñas marcas; ya no sé qué lugares señala la mayoría de ellas: podría ser la casa de alguien que conocíamos sólo por un tercero o un consultorio médico al que tal vez

no haya ido o algún lugar de reparación de electrodomésticos. Descubrí después que las referencias de las marcas que efectuó Helena me eran desconocidas casi en su totalidad. Extrañamente, la página 46, en la que se veía mi débil trazo beige, no tenía ninguna marca previa. Si el accidente hubiera ocurrido en algún lugar de la página 39 (Almagro, Once) o 34 (Centro) o 40 (Barrio Norte, Recoleta) tampoco habría sabido qué estaría haciendo Helena en ese momento, pero era más imaginable una razón cualquiera.

Con los días fui memorizando las calles que abarcaba la página 46. Aprendí que a Franklin le sigue Gaona, luego Frege. Donato Álvarez es paralela a Trelles por un lado, y por el otro limita con la plaza Irlanda. Antes del accidente, las veces que me ponía a hojear la guía, sin que me llevara ninguna búsqueda concreta, prefería detenerme en zonas de geografía un poco más interesante que esa área de calles tan regulares. Siempre me llamó la atención lo poco que conocía ese barrio antes de que se volviera tan bruscamente familiar. Y eso que miraba mucho esa guía. Era como un atlas pero de mi mundo más inmediato.

Siempre me gustaron los mapas. Los últimos años me habían interesado un poco menos, pero cuando era chico me detenía por horas a mirarlos. Tal vez no fuera por horas sino minutos, pero lo cierto es que me abstraía en la lectura de los mapas de tal manera que perdía la noción del tiempo. Así, me demoraba en la cuenca africana del río Níger, y fabulaba con el paisaje de las ciudades que ese río bañaba: Tombuctú, Uagadugú... En un atlas francés figuraban como Tombouctou y Ouagadougou, y resolví que cuando fuera necesario las escribiría de esa manera, pero después volví a pensar que era más lógico respetar la grafía española, más allá de que en realidad creo que nunca tuve la oportunidad de comunicarle algo a alguien sobre esas ciudades. Ese atlas francés era maravilloso, pero entró tarde a mi vida, a los doce o trece años; mucho antes había aparecido un diccionario enciclopédico de mis padres, un Petit Larousse de fines de los '40. Los mapas del Larousse eran muy peque-

ños, en blanco y negro, y con mucha información abigarrada en una tipografía que también era muy pequeña, claro. Para mi percepción infantil las diferentes líneas –las que separaban provincias o departamentos, o las de fronteras de Estados, o incluso las que delimitaban tierra y mar– eran apenas discernibles, y entonces decidía remarcar algunas de ellas, sobre todo las que dividían países. Pero me confundía y empezaba marcando bien la línea de frontera y después me desviaba hacia la que representaba un río. De esta manera esos mapas quedaron cuidadosamente mamarracheados; recuerdo, con más claridad que la actividad misma de remarcado, los reproches de mis padres y de mi hermana por haber escrito en el diccionario.

La primera vez que me visitó, Helena consultó el diccionario; creo que lo hojeó sólo porque estaba sobre una mesa y era algo que se podía hacer –un diccionario tiene el carácter público que no tiene otro tipo de libros–; se encontró con esos mapas y me preguntó por el origen de los trazos en marcador. Le expliqué, y se mostró enternecida al imaginar a ese chico que era yo, supongo que más o menos a los siete, ocho años, haciendo esa versión compleja de los garabatos infantiles. Le mostré una foto mía de ese tiempo –de los tres años, creo; hubiera sido más fiel una que conservaba de los ocho pero consideré que era menos enternecedora– y entonces efectivamente se enterneció aún más. Todo eso favoreció el inicio de nuestra relación: a mí me gustó que ella apreciara algo que vinculaba mi infancia con los mapas. Incluso me dijo que podía mostrarme un libro de mapas del mundo antiguo que le habían regalado cuando se recibió; “estudié Letras”, aclaró con rapidez, como si no quisiera hablar de eso. Tiempo después me daría cuenta de que a ella los mapas no le importaban tanto, y que había aprovechado la oportunidad para justificar un acercamiento más íntimo; yo la había conocido un par de horas atrás y ya estaba en mi departamento; eso la hacía sentirse un poco avergonzada, o por lo menos sentía que debía mostrar cierta vergüenza. Y ella necesitaba indicios

que me hicieran parecer “confiable”, que excusaran el comienzo un tanto precipitado; lo de los mapas y la foto le vino bien. Y también le vino bien el diccionario en sí mismo, y los otros libros que vio en los estantes o tirados por ahí. Le gustó que yo fuera “lector” y que trabajara en una oficina; es decir, que hubiera cosas en común con ella, pero no tanto. Incluso el hecho de que yo le hablara de los libros diversos que había estado leyendo, y de mi dificultad para estudiar una carrera regularmente –le describí mis inicios y abandonos– la hizo recostarse y sentirse más cómoda, pero también mirarme con menos aprecio, como si descubriera que pertenecía a una especie inofensiva y un poco inferior. El tono como al pasar que puso al decir que se había recibido en Letras no era indiferente sino, me di cuenta, el de alguien que teme alejar al otro porque habrá de sentirse “menos” frente al propio título nobiliario. Yo le conté que otra cosa que me gustaba era la mitología griega y que le podía decir de memoria los nombres de todos los hijos de Zeus, pero con lo anterior habrá sentido que era suficiente, y no pareció muy interesada en hablar de mitos griegos. “Nadie en la facultad sabe de memoria esas cosas”, comentó sonriente, relegando mi conocimiento a una tonta acumulación, a un hobby un poco frívolo.

La segunda vez que vino a mi casa encontró un tomo suelto de la Enciclopedia Codex que yo había comprado en una librería de viejo. “Tiene la H, de Helena”, me justifiqué. El día anterior yo lo había visto en una mesa de la librería y, al tiempo que pensaba a quién podía interesarle un volumen de la enciclopedia sin los restantes, lo abrí y apareció la palabra “Helena”; en media página se contaba la historia de Helena de Troya. Lo compré de inmediato. Evalué que era una enorme casualidad que apareciera esa entrada; si esa gran enciclopedia en total tenía como cinco mil páginas, había una posibilidad en cinco mil de que apareciera esa palabra. A ella no le entusiasmó demasiado que yo la relacionara con Helena de Troya; supongo que a cualquier persona le resultan un poco fastidiosas las repetidas

relaciones que otros establecen con su nombre. Sin embargo creo que le gustó el hecho de que yo comprara por ella ese libro. Fotocopié la página en cuestión, recorté el artículo sobre Helena y lo puse en el panel rectangular de corcho que yo tenía en el dormitorio, al lado de un artículo de otra enciclopedia (sobre las musarañas, una descripción muy rara de ese animal que había encontrado el día anterior) y entre más papeles, postales y fotos que iban a tener que acostumbrarse a convivir con las fotos de otra persona; más aún, que irían teniendo un espacio cada vez más limitado por el lugar creciente que Helena tomaría en ese panel, en la casa y en general en mi vida entera.

Los primeros meses Helena y yo no salíamos demasiado. Me visitaba en mi departamento y nos quedábamos juntos todo el fin de semana. Recuerdo nuestras salidas de entonces como simples paseos para distraernos de todo el tiempo que pasábamos en el departamento. "Para estirar las piernas", le dije yo una vez, y no le gustó nada, degradé la salida a la que ella estaba dedicando bastante atención, la visita a un videoclub para decidir qué película veríamos esa noche. Salíamos porque era ella quien lo quería; yo me podía quedar en el departamento por muchas horas. No es que mi departamento fuera especialmente lindo. Era de sólo un ambiente, en un edificio torre en el Centro. Solo con ella yo me sentía bien, y me parece que andábamos juntos como esos pájaros que de repente uno los ve volar un poco y vuelven al lugar de origen, y esa vuelta la hacen impulsados quién sabe por qué, mucho sentido parece no tener, es como que salen a estirar las alas. Ella iba al videoclub o a la panadería como si fueran lugares importantes. "Podríamos ir a la panadería", decía con voz muy seria, y nos cambiábamos y salíamos hacia allá. Analizaba las bandejas de panes y facturas con extrema concentración. Dedicaba extrema concentración a casi cualquier cosa. Si quería comprar algo en un kiosco, miraba todo con gran detenimiento; frente a las bandejas conseguía una expresión más seria que la que pone en esa circunstancia un chico de seis años.

Mi departamento no era lindo, como dije. Ella decía que el edificio era un gallinero, aunque yo le decía que no me gustaba que lo denominara así. Me gustaba más cuando decía "el palomar". El gallinero me daba idea de suciedad y de campo. Y no tiene ventanas; sólo me lo puedo figurar abriendo una puerta y mirando el interior. Los palomares no me hacen pensar en suciedad, aunque todos dicen que las palomas son sucias. Ellas acceden al palomar volando; me imagino el cielo y una paloma cruzándolo y entrando por una ventana. Entre tantas ventanas de mi palomar, entre tantos departamentos, Helena entraba siempre al mismo. En esa situación tan anónima –el tablero de los porteros eléctricos exhibía prolijamente distribuidos más de doscientos timbres– mi existencia era señalada por ella, en sus visitas de tantas noches. Cada vez que tocaba el timbre yo me decía: tocó el mío entre todos los otros. Si uno viviera en una gran casa sería natural que cualquiera pasara y entrara, no ahí, todo el mundo parece estar de acuerdo en que se es menos anónimo en una casa que en un departamento. Me encantaba que ella estuviera, y nunca me acostumbraba del todo. Una vez yo estaba hojeando un atlas que me habían dado hacía poco tiempo. El atlas no era gran cosa. Se llamaba *El Libro del Mundo*, y era una pena que un libro con un título tan lindo tuviera esos mapas tan insignificantes. Yo estaba analizando la renta per cápita de los distintos países de África; quería determinar cuál era el más pobre de todos, que resultó ser Burkina Faso. Los mapas eran una nada, pero al menos respetaban la forma del país. Pobre Burkina Faso, hasta su forma es humilde, parece un ratón sin cola. Mauritania parece también un animal igualmente inocente pero más grande, una gran gallina o un gran pájaro de alguna especie ya extinguida por no poder enfrentarse a un predador nuevo introducido por europeos. En ese momento escuché un sonido que me hizo mirar hacia la cama. Helena había tosido como una forma de llamarme la atención. En realidad sólo miré por reflejo en dirección a la fuente del sonido, y vi a Helena extendida sobre la cama, de costado. Es una posición en la que quedaba hermosa,